

Accesibilidad para la ciudad anciana futura

Belén Vaz Luis

ORCID identifier 0000-0002-9765-3256

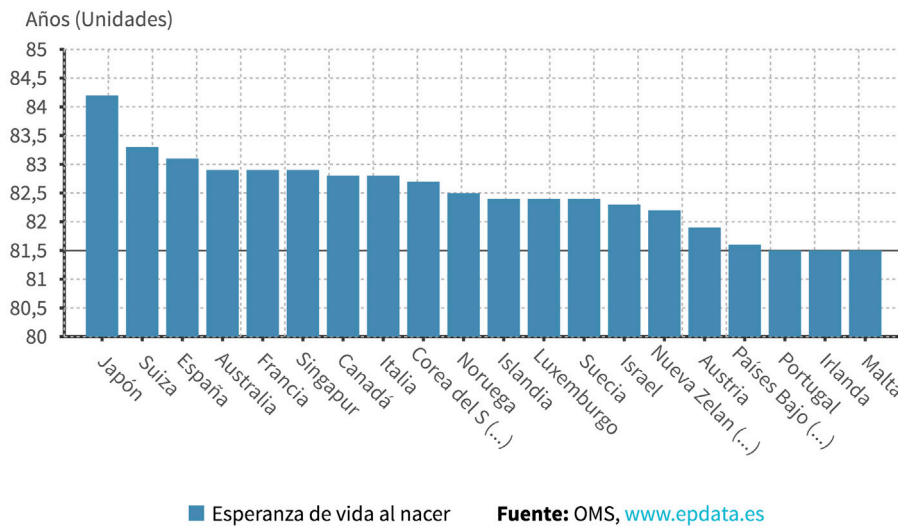
Socia de Asepau

Para gran parte de la población el término “accesibilidad universal”, en el que convergen el diseño físico, sensorial y cognitivo; está vinculado a personas con diversidad funcional. Esta percepción es errónea. Teniendo en cuenta que la accesibilidad universal incumbe y beneficia a todos los seres humanos, en este texto se pretende abordar la importancia que tiene su aplicación para un grupo determinado de la sociedad y del que todos y todas, antes o después, formaremos parte: la tercera edad.

A comienzos de 2019 leí un artículo en el diario *Público* en el que situaba a España como el tercer país del mundo con la esperanza de vida más alta (83.1 años), tan sólo por detrás de Japón y Suiza. El estudio reflejaba datos recogidos en 2016 por la OMS (Organización Mundial de la Salud). Ha evolucionado desde 1975, cuando se hallaba en 73,4 años. Actualmente, y según estudios del INE (Instituto Nacional de Estadística), es más alta en mujeres (85,7) que en hombres (80,3). Otros estudios realizados plantean la posibilidad de que en el año 2050 la esperanza de vida se eleve a 89 años. Teniendo en cuenta que técnicamente la vejez comienza a los 65 años, estaremos viviendo 24 años sin la accesibilidad que una persona de esta edad requiere.

Estos datos son alarmantes en cuanto a la calidad del diseño vinculado a las personas que se realiza hoy en día. Motivado por el planteamiento de arquitecturas vinculadas a pirámides de población jóvenes y estereotipadas, éstas cogen con pinzas una accesibilidad universal que segrega a personas que se encuentran fuera de esos estándares. Precisamente, esa accesibilidad “no estereotipada” resulta vital para un grupo, mientras que mejora la calidad de vida de toda la población. Por tanto, se convierte en una necesidad fundamental para todas las personas conforme avance su edad.

Los veinte países con más esperanza de vida



En la imagen adjunta se muestra un gráfico extraído de la OMS acerca de los 20 países con más esperanza de vida al nacer en el mundo. En el eje Y (vertical) se recoge la esperanza de vida, comprendida entre 80 y 85 años, mientras que en el eje X (horizontal) se ordenan los 20 países de mayor a menor esperanza de vida. Entre los tres primeros Japón (84.2 años), Suíza (83.3 años) y España (83.1 años). A continuación desde Australia (82.9 años) hasta Malta (81.5 años) se encuentran diferentes países del mundo europeos, asiáticos y del norte de América entre los que no está EEUU.

Así pues, se trata de utilizar estos datos como transformadores. Máquinas de transformación accesibles a todas las personas para la vida en nuestras ciudades, para la configuración de sus espacios públicos, para la funcionalidad y relación de los edificios de uso público, para la habitabilidad de las viviendas, para la desarticulación "carcelaria" de las residencias geriátricas, etc. El debate que se abre a continuación no está referido a si en el año 2050 seguirá habiendo pensiones de jubilación. Ésta es una reflexión sobre la arquitectura y la accesibilidad. Sobre la vida en la ciudad futura.

La cita de Stephen Hawking "Dios no sólo juega a los dados, sino que a veces nos confunde lanzándolos en lugares en los que no podemos verlos" ayuda a ver nuestra realidad futura. Las civilizaciones más antiguas creían que sus dioses controlaban el resultado de los lanzamientos de los dados; por ello, muchas de sus decisiones vitales las jugaban al azar. Durante siglos, los dados se han utilizado para enseñar probabilidad. Hoy, en cada una de esas 6 caras podemos encontrar la probabilidad "artrosis", "osteoporosis", "párkinson", "cataratas", "demencia senil" o "sordera" entre otras caras que, a priori, muchos no podemos ver. Si tiramos el dado tres veces, ¿cuál es la probabilidad de que en nuestro futuro sólo se repita una de estas caras?

El toque de atención para actualizar la normativa y que las personas proyectistas tengan en cuenta determinados factores en el diseño, más profundos en la accesibilidad universal, resulta clarividente. Sobre todo cuando, según lo recogido en la exposición "Envejeciendo" de la arquitecta Paz Martín, poco más del 3% de los ancianos quieren vivir en residencias geriátricas o viviendas tuteladas, otro 3% están dispuestos a adentrarse en el mundo de las cooperativas de seniors y el cohousing y el 94% quiere seguir viviendo en su casa.

Es el grupo de las personas de la tercera edad el que vive mayores barreras de accesibilidad ya que se encuentran con un diseño urbano no pensado para ellos, como se comentó al comienzo de este escrito, consecuencia del apogeo de la emigración a las ciudades, principalmente de los jóvenes. Las cuestas de pendiente intransitable, las aceras estrechas que impiden la asistencia personal, la escasa iluminación pública en la pérdida de visión y cognición, la situación de los pasos peatonales que impiden su reacción ante los vehículos, la falta de aseos urbanos que cubran su incontinencia urinaria, los escalones imperceptibles y con bocel, la ausencia de pasamanos de apoyo, la carencia de ascensores en edificios del casco viejo donde habitan la mayoría, los pictogramas "modernos" que se escapan a su comprensión, los rótulos de diseño que (des)orientan en edificios de gran superficie, el comodín de la tecnología para suplir la falta de accesibilidad que a veces resulta impracticable para ancianos y ancianas o, por qué no decirlo, esos gestos de diseño que emplean algunos profesionales de la arquitectura como señal de identidad son para las personas de la tercera edad un suplicio cotidiano, en el mejor de los casos, o una pérdida de la señal de su identidad y autonomía, en el peor de ellos.

Por tanto, se concluye que la accesibilidad física, sensorial y cognitiva son un requerimiento en el diseño arquitectónico para las personas de avanzada edad y, por tanto, para todas las personas que algún día lleguen a la senectud.

En cuanto al diseño físico hay que tener en cuenta la pérdida de las capacidades motoras que conlleva. Razón de ello es el especial interés que tiene el diseño espacial y dimensional pensado desde el punto de vista de la asistencia personal: anchos de puertas, pasillos, diámetros de giro... No puede quedar atrás la ergonomía como ayuda técnica al deterioro físico. Un ejemplo de ayuda técnica ergonómica y de diseño es el sillón diseñado por Alvar Aalto para el Sanatorio de Paimio puesto que la inclinación del asiento respecto del respaldo permitía una mejor respiración y los reposabrazos, además de servir como elementos de sujeción, ayudaban a incorporar a los pacientes.

La accesibilidad sensorial presenta grandes avances. Así pues, conforme nos hacemos mayores, perdemos competencias en los órganos de los sentidos: menor agudeza visual, falta de audición, pérdida del olfato, mayor espasticidad y menor capacidad háptica, la comida sabe igual... Las normativas nos animan a considerar aspectos como el contraste cromático entre la figura y el fondo o este mismo contraste entre los mecanismos de luz y fuerza respecto de la pared lo cual ayuda, por ejemplo, a personas que padecen cataratas. Otra medida es la recogida en el artículo de la Orden de Vivienda 561/2010 que alude a semáforos con aviso visual y sonoro que beneficia a ancianos y ancianas con pérdida auditiva severa. Aun así,

como opinión personal, la resolución de la accesibilidad sensorial se traslada de manera casi sistemática al desarrollo tecnológico; lo que puede suponer un riesgo si no se presentan alternativas al mismo ya que ¿una persona con demencia senil leve y pérdida de visión elevada podría comprender el funcionamiento de los códigos QR?

Precisamente en esta pregunta, la tercera de las partes: la accesibilidad cognitiva. Muchas de estas personas provienen de entornos en los que no han podido aprender a leer o a escribir o, simplemente, a adquirir cultura que les permita desarrollarse en la vida. Quizá algo más dependiente de lo conductual y no de lo meramente cognitivo. Quién si lo ha logrado, ha visto sus capacidades cognitivas deterioradas por razones de la edad. Por tanto, un diseño arquitectónico sencillo, que ofrezca alternativas a la tecnología y apoyado en pictogramas se convierte en una premisa fundamental en una buena accesibilidad cognitiva. Puede que Antoni Gaudí se aproximase a la clave de un buen diseño cognitivo cuando habló, sencillamente, de la originalidad: *“La originalidad consiste en el retorno al origen; así pues, original es aquello que vuelve a la simplicidad de las primeras soluciones”*.

Al fin y al cabo, la accesibilidad universal no debe ser vista como esa válvula que sólo necesitan algunas personas pues todos y todas en algún momento la necesitaremos. No se trata de un dado con un comodín en alguna de sus caras. Es la válvula de la aorta. La arteria que nos asegura que nuestros abuelos, padres y nosotros mismos seguiremos latiendo con 89 años de vida.